

maghenta
EDITORIAL

La Piora

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.ª Edición.

© Fernando de la Hermosa, 2006.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-056/07
I.S.B.N.: 84-935197-9-0

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

La Priora

FERNANDO DE LA HERMOSA

A ti, Paloma
de las blancas alas,
blanca alma,
y blanca piel...
¡sí!, alas, alas, alas
en tu blanca piel.
Alas, alas, alas
que me dan calma;
alas, alas, alas
que me levantan
cuando me ven caer.

A ti, Paloma
de ocultas alas.

Alas, alas, alas,
apoyo, fulcro, palanca
para este mundo
de hiel.

Alas, alas, alas.
¿Por qué dudáis
que las tiene?
¿Porque ella
no lo sabe?
No importa,
Porque yo...
¡Qué bien lo sé!

Alas, alas, alas.
El Uno...
sabe también
que las tiene.
Le han sido
dadas...
...¡por Él!

PRÓLOGO

Consultadas las personas que me han ayudado, tanto en la búsqueda y corroboración necesaria de algunos de los datos que figuran en este libro, como en la lectura de las páginas que lo componen, decidimos que no ha lugar a efectuar comentario alguno sobre el contenido del mismo.

En varios aspectos hemos estado de acuerdo, desde el comienzo, y espero que compartan la opinión los lectores. Las coincidencias sí deben destacarse.

A los expertos les será difícil catalogar el libro. Contiene una parte autobiográfica de un autor que desconocíamos, mezclada con posible ficción. Lo que sí hemos podido comprobar de la primera parte de La Priora es que incluye datos de carácter histórico que se corresponden con la más absoluta realidad. Ignoro si los nombres originales –se han cambiado–, de las personas coinciden con el de aquellas que participan, en un modo u otro, en alguno de los complejos hechos relatados. Todos los establecimientos citados existieron, aún existe alguno de ellos. Las personas consultadas, y que vivieron las distintas épocas en las que se desarrolla el relato, recuerdan incluso los colegios que se citan, por lo que se omiten sus nombres. Es más, algunas de ellas, que viven en las calles próximas, fueron alumnos y alumnas de ambos centros. Pero no debemos adelantar ninguno de los acontecimientos. Los datos de carácter histórico y científico han sido fehacientemente comprobados, y su exactitud llega a sorprender a los expertos en ambos temas.

Intencionadamente se han cambiado los nombres de alumnos y profesores, ya se ha dicho, buscando evitar que citas de desconocida veracidad puedan molestar de alguna forma, por pequeña que sea, a todos aquellos que aparecen en los relatos, repito, de un autor supuestamente desconocido. Asumo toda la responsabilidad.

La segunda coincidencia es, siempre a mi juicio, de mayor importancia. El esfuerzo del autor en investigar la vida de, posiblemente, el principal protagonista, y los logros que obtiene merecen ser destacados. Sólo una amistad leal conduce a una búsqueda que en la época en que se realizó estaba cargada de dificultades.

La última de las coincidencias era tan evidente que también me veo obligado a comentarla. La posible ficción que puede contener está sujeta a la más razonable de las dudas. La probabilidad de que sea una verdad tangible depende de la interpretación dada a fenómenos que, según unos son paranormales, según otros, milagros o prodigios, –obra de Dios o del diablo–, y para terceros, ciencia de elevado nivel; pero las personas que estuvieron comprometidas en los hechos mantienen que ocurrieron. No tienen, o se niegan a dar, explicación correcta para ellos, no conocieron todo el tema, “por revestir cierta peligrosidad” en aquellos tiempos. Por razones que callan, ignoran, o porque es cierto que se ocultaron, o deben ocultarse, algunos aspectos del relato rozan el esoterismo, o revelan unos conocimientos científicos sorprendentes para la época.

La recopilación de todos los datos disponibles y la redacción final, casi medio siglo después, sólo ha tenido un objetivo: Ser fiel a la memoria de un profesor y estudiante comprometido, supuesto autor, a su concepto de la amistad, y a unas personas que hicieron de sus vidas un ejemplo de amor y sacrificio. Realidad o ficción, contiene enseñanzas dignas de considerar.

El autor

CUENTOS CON MENSAJE

El color azul siempre ha estado relacionado por los hombres con la espiritualidad, el sentimiento religioso y el desapego de lo material. Es posible que por ello, en la mitología india, Vishnú y Krishna lleven la piel coloreada de azul; es posible que por ello a Júpiter, el más alto del Olimpo, se le asocie con el color azul; es posible que, también por ello, sea el color de Amón y del escarabajo sagrado... Todo es posible, hasta que represente la búsqueda de lo infinito, como mantienen los amantes de los símbolos.

Es posible, ¿por qué no?, que el color azul de las pastas de unos viejos cuaderno, que contenía un manuscrito, atrajeran en mi niñez la infantil curiosidad y me obligaran a leer su contenido. Sí, es posible. Goethe dijo que «...nos encanta contemplar el color azul, no porque se acerque a nosotros, sino más bien porque nos atrae hacia él». Pero de aquella lectura apenas recordaba nada, sólo que había unos cuentos que me llamaron la atención, por lo que arranqué las hojas del cuaderno en el que estaban para guardarlos. Y me ha costado poder recuperarlos.

Para evitar que se pierdan de nuevo los incluyo al principio de este libro. Son, por ellos mismos, una presentación adecuada del relato que contiene, y forman parte de él. Cómo llegaron a mi poder, y el resto del manuscrito, componen las páginas que a continuación se incluyen. Siempre tendrán, para mí, un valor incalculable, y espero sinceramente que sean del agrado de quienes comiencen a leer los textos que siguen, terminado este párrafo.

Reverenda Madre

Siempre que me corrige con su proverbial bondad acaba recriminando parte de mis escritos, especialmente aquellos que son pequeños cuentos, y que, por procurar se lean con facilidad, utilizan un castellano coloquial. Estoy de acuerdo en ello, pero hoy he encontrado un relato, perdido entre mis papeles, que mereció aplausos por más de un erudito. Se lo acompaño. Hay una razón poderosa para ello.

En ese empeño de aprender y aprehender el castellano, y batallar para que mejor se enseñe, le recuerdo que comencé a escribir “Guiños a la eñe”, como parte de terapia ocupacional. La terapia iniciada algo me está favoreciendo, el relato que he citado, y que transcribo, pasó al papel sin utilizar el diccionario ni una sola vez. Espero sus comentarios y acepto la posterior crítica, pero le ruego no olvide que se escribió “cálamo corriente”, dado que el original me lo leyó un amigo, su autor, y no recuerdo todo con exactitud.

El Faraute

En aquellos tiempos, no tan lejanos, en los que se representaban las comedias de Calderón en los jardines del Buen Retiro, los guardias de corps recogían paseantes del cercano prado de San Jerónimo, llevándoles con el “sano” fin de educar, o de despertar a cortesanos ebrios y aburridos.

En una ocasión de las citadas, entre los muchos paseantes, fue “gentilmente” invitado un profesor de Teología que ejercía en el Seminario de Nobles, regentado por jesuitas.

Terminada la representación, el profesor decidió descansar un tiempo y reflexionar sobre lo visto y oído mientras esperaba que salieran los más necesitados de tan lujoso jardín. Sentado al abrigo de un tilo, cerca del canal llamado Mallo, siguió en su meditación al frescor que facilitaban las aguas cercanas y al suave y tranquilizador murmullo que producían las copas de los castaños mecidas por la brisa.

Cuando más tranquilo se hallaba el maestro fue arrancado de su beatífico estado por las risas de unos nobles de privilegio que, nadie sabe cómo y a quién, habían cambiado doblones por “señoríos” y “din” por “dones”; risas que turbaron su paz.

Un joven y dos damas formaban el terno de paseantes de la impertinencia. El joven, pretendido y pretencioso caballero, que había sido faraute de la comedia, a cada movimiento de su cabeza atizaba más polvo de la peluca que el mandil de un molinero. Las damas, con más años que la pirámide de Micerino, resbalándoles los afeites por la piel, parecían toneles de alpechín cubiertos de lazos. El triunvirato de zafios se detuvo ante el maestro. En tono burlón el joven interpeló al sabio:

—Vuesa merced, que apariencia tiene de ser entendido en comedias, ¿qué opinión tiene de la hoy representada?

La respuesta del sabio no se hizo esperar. Tranquilo, con voz amable y palabra serena, contestó:

—Bien medido el verso. Adecuada unión de tiempo lugar y acción. Trama interesante y contenido moral positivo. Es posible que se haya perdido parte de todo ello por la fraseología en prosa añadida al texto original de don Pedro.

El petimetre rió con estruendo. Entre jeribeques a las damas y gestos de comediante chapuza, preguntó:

—¿No será que v.m., en su desconocimiento, no llegue a comprender el uso hecho del castellano por el responsable de la representación? Si esa es la causa, ofrezco a v.m. mi fiel amistad para ampliar sus conocimientos, y mayor difusión de la cultura.

Observó cuidadosamente el maestro al triunvirato de fatuos. Sonriendo con amabilidad a las damas, contestó:

—Es posible que vos tengáis razón. ¿Quién me honra con su gentil ayuda?

El galán de oportunidades contestó:

—Don Fadrique Fernández Fonseca.

—Permita decline la ayuda de vuestra elocuencia —el tono del profesor se hizo más severo—, don Fadrique Fernández Fonseca, ilustre caballero de las tres efes. Espero que mi argumento le convenza:

“No fío en fidelidades friáticas de fatuos, señor Faraute. Finalizada la fiesta fijeme en su faz, que al filar fondeando la fastuosa falúa floreció entre foráneos fardales; flirteadores de fingidas fallancas por fardar finas faralas; fanfarrones falibles de farra-gosas frases, de fogosas filípicas, faramallones de férvidas fililtes fútiles; filósofos de fiascos; fantaseadores de frívolas fábulas de falaz fondo; festejadores de futuros favores con falsedad formulada de fehacientes fielatos; y, figurones, que fenecen cual falenas fámulas de famélicos fanales, faltos de facilitadas finanzas de famosos filántropos.”

Ante la sorpresa de tan ilustres personajes, tras un breve silencio, prosiguió:

—Flojean sus familiares efes de formación faltas, finiquite su favor. Fío mi futuro en las frondosas forestas del fértil y formativo estudio y de la Fe en Cristo; Él os favorezca, don Fadrique, con final feliz, y no fortalezca su falaz y farfulla fonética.

El asombro de los tres nobles no evitó que se despidiera, saludando con una leve inclinación de cabeza, sonrisa suave y cuidado gesto. En silencio, caminando pausadamente, se perdió por el paseo de los castaños.

N.A. El Parque del Retiro, que hoy conocemos, apenas se parece al que existía en la época en la que se pudo desarrollar el relato. El palacio, las casas anexas, el teatro, La Casa de la Pelota, etc., fueron transformados en la guerra de la Independencia en cuarteles, caballerizas, puntos de ubicación de piezas de artillería, etc.; y, los jardines, destrozados y explanados para maniobras del ejército francés, siendo el edificio de la Real Fábrica de Porcelanas, derruido por los ingleses en 1812, el canal Mallo salía del estanque grande, cuya superficie era de “tres veces y un tercio” la Plaza Mayor, y se dirigía hasta cerca de lo que fuera hasta hace poco La Casa de Fieras, construida por orden de Fernando VII. El citado canal recorriendo los jardines llegaba hasta el estanque conocido por “Las Campanillas”, cediendo agua en algunas partes al llamado Río Chico. En el centro del estanque grande se encontraba una isleta de forma elíptica arbolada, que también se conoció como “La casa de la hechicera Circe”, por representarse en ella comedias de tipo mitológico.

Como ejemplo de las comedias representadas sirva como nota recordatoria que la obra de Calderón de la Barca “Las fierezas de Anaxarte y el Amor correspondido”, que llegaba a durar siete horas, se representó, entre mayo y junio de 1632, durante cuarenta noches consecutivas, para el pueblo de Madrid treinta y siete, y el resto para los “notables de la corte”.

La fastuosidad de los jardines y palacio del Buen Retiro y las fiestas en él realizadas durante el reinado de Felipe IV, promovidas por el Conde Duque de Olivares, promotor de su construcción, llegaron a un nivel de lujo tan desorbitado, que a los jardines se los dio en llamar “La Corte del Retiro”.

La peluca

Lector ocasional, si admites que este cuento se basa en un hecho real, no harás una hipótesis en exceso dudosa. Contado por un clérigo de san Ginés, y relatando hechos que acaecieron en un entorno próximo a la iglesia, apunta ciertos visos de verosimilitud. Sea real la historia contada, o no lo sea, a quien la escribe le permitió justificarse un chocolate, con buenos churros, en el pasaje del santo, lo que no es habitual para su hígado poco permisivo a los excesos, amén de que su título, La Peluca, para centrar el tema de la vanidad, le vino al pelo.

En el Madrid de los primeros años del siglo XVIII un gentilhomme, que gozaba de prestigio y buena posición por los servicios prestados a S.M. D. Felipe V. enviudó; siendo la única hija habida en el matrimonio de temprana edad. Su posición en la Corte hizo posible que las continuadoras de las sabias doncellas elegidas por Santo Domingo de Guzmán se ocuparan, no sin esfuerzo, de la custodia y mejor educación de la niña.

Al abrigo del convento de Santo Domingo el Real creció la niña en las virtudes de sus protectoras, en el conocimiento de la historia –tan presente en el convento–, en la lectura de la Biblia, y en la disciplina del estudio. Adornaba su cultura el primor con que bordaba, la belleza de los encajes que salían de sus bolillos, o, entre sus muchas habilidades, la sobria elegancia con que confeccionaba sus propios vestidos.

El convento de religiosas franciscanas, Santa María de los Ángeles() colindante con el de Santo Domingo, tuvo cierta fama por haber pernoctado en él Santa Teresa de Jesús, al igual que lo hiciera en el de Las Descalzas en otras ocasiones. Con la disculpa de leer las obras de Santa Teresa existentes en la biblioteca la joven salía en repetidas ocasiones; otras, pretextando ayudar con sus labores a los sacerdotes de la Casa de la Misericordia; otras... ¡Cualquier disculpa era buena!*

El nuevo teatro de los Caños del Peral, las librerías del arenal de san Ginés, la plaza Mayor y sus mercados próximos, eran frecuentados en sus escapadas con la complicidad de un joven, ya afamado médico, hermano de una noble novicia de Los Ángeles.

En aquellos paseos ocultos conoció la triste realidad de la vida en una corte de perdularios, petimetres, buscones, amantes de lo ajeno y tantas personas que esperaban encontrar en las calles de Madrid lo que su indolencia les quitara. Su cómplice, con la complacencia de ambas familias y la bendición de las religiosas, sería más tarde su esposo.

Habilidades, cultura, buenas costumbres y bien hacer de padre y religiosas, hicieron que fuera llamada al servicio de la Corona. Unos dicen como camarera de la Reina, otros como dama de compañía de las Infantas; los más, como lectora de la Reina.

Vivía el matrimonio con la hija que al nacer aumentó la felicidad de ambos, en una de las casas que a sus elegidos y mejores servidores cedía la Corona, cerca del Alcázar, poco antes del incendio que destruyera la fortaleza-palacio en la Navidad de 1734.

*Recargadas tocas, brocados, lujosos vestidos, soberbias y adornadas pelucas, capas y un sin fin de ropas, joyas o aderezos eran llevados para que la culta dama retocara, cambiara de adornos, modificara diseños hiciera peinar o desaconsejara su uso. Adaptaba con elegancia ropas y adornos a las ordenes reales, que con buen sentido y mejor criterio, dictara el Rey para corregir el lujo de la Corte. (**)*

Criada entre lujo y boato, la hija de la ilustre dama de nuestra historia creció sin poder comprender; bien, la ponderada elegancia de sus padres. Esta, u otra causa, hacía aumentar la incertidumbre de la niña sobre posición y economía familiar. Una mañana, observando una lujosa peluca, se atrevió a preguntar:

—Madre, ¿por qué no usa Ud. pelucas parecidas? ¿Permite que me la pruebe?

La misma pregunta, en igual o parecida forma y con peticiones similares, fue repetida por la confundida adolescente a lo largo de todo el día, y al día siguiente, y al otro...

La sabia madre había meditado una decisión. Una mañana en el momento más inesperado se acercó a su hija; trenzó los cabellos de su hermosa melena y recogiendo la cuidada trenza sobre su cabeza, cubrió toda ella con un fino lienzo. Puso, entonces, la peluca deseada a la niña, diciendo:

—Hija mía, no permitas que el aspecto externo de las cosas atraiga tú atención, ni caigas en el error de adornar vanidosa tu belleza, ensalzar tus conocimientos o cualesquiera de los dones que Dios te haya dado o tu esfuerzo conseguido. El verdadero sabio es humilde, el que cree saber, osado y petulante. Usa durante todo el día la peluca; si te satisface, yo te mandaré hacer la más hermosa que hayas conocido.

La mañana pasó sin que nada turbara la felicidad de la pequeña; pero la tarde empezó a enseñar, con cada hora, lo que ocultaba de molesto tan codiciado adorno.

Llegó la noche; la adolescente rogó a su madre le inhibiera del uso de la peluca. Así lo hizo, lavó después con amor la cabellera de su hija e hizo quemar la peluca ante los ojos de la sorprendida niña. Peinó con sumo cuidado la limpia cabellera con la carda de púa más fina que perfumaba, de forma permanente, con unas gotas de agua de azahar, muguet e infusión de camomila. Cuando hubo terminado de cuidar la higiene de la niña le pidió se sentara ante un espejo para decir:

—*Estos dones que contemplas, por la limpieza de tu rostro y cabello, se los debes a Dios, son los que has de cuidar. Ahora, pon toda tu atención. Enseñándole el lienzo, terminó con las siguientes palabras:*

—*Hija mía ¿Ves a lo qué puede llevarnos el creer en el aspecto externo de las cosas, y la vanidad de llevar innecesario adornos?*

¡El lienzo estaba cubierto de piojos!

(*) Fue demolido en 1838 .

(**) Pragmática sanción de 1723.

N.A. El teatro de los Caños del Peral desapareció en la guerra de Independencia. Su mayor esplendor lo alcanzó en el reinado de Fernando VI, bajo la influencia de compañías italianas. Hasta mediados de los años sesenta quedaban algunas de las librerías citadas, en la calle Arenal, hoy han desaparecido. Los límites de los conventos pueden determinarse por las calles adyacentes, de la Priora, Costanilla de los Ángeles. Plazuela de Santa Catalina de los Donados, Cuesta de Santo Domingo, Caños del Peral, de las Veneras, de la Ternerera, etc. Toda la zona descrita se conoció hasta mediados del siglo XIX como Arrabales de San Ginés y San Martín, por ocupar parte de ambos. Curioso resulta comprobar como la puerta de la muralla más cercana a estas zonas, por el norte, era la de Balnadú, que sigue permitiendo las disputas, entre historiadores, del origen árabe o romano de Madrid. El nombre podía venir de *balnea.duo*, lo que justifica el origen romano (salida de los baños) o de *bal-al-nadur*, por su origen árabe (del diablo o de las atalayas e incluso frontera de los enemigos). En el monasterio de Santo Domingo se encontraba la tumba del rey Pedro II de Castilla, y durante un tiempo estuvo la de D. Carlos, hijo de Felipe II. Su patio fue testigo de la quema de la biblioteca y obras de don Enrique de Villena, maestre de Calatrava.

La entrega

Los alcorques en los que se asentaban los árboles que a ambos lados de la calle mostraban sus ramas, sin el verdor de las hojas que más adelante darían sombra, estaban cubiertos de escarcha. La mañana, aunque soleada, era algo desapacible; el viento frío que venía de la sierra y que bajaba desde la Moncloa hasta la plaza de España hacía que la temperatura pareciera más baja de lo que era en realidad. Serían las nueve menos cuarto. La agitada vida de Madrid había dado comienzo con bastante anterioridad. Los transeúntes, más de lo habitual, se movían con rapidez, ajustándose la bufanda y el abrigo.

Subí desde la calle Ventura Rodríguez hasta Quintana; en la esquina esperé a que pasara el 33, un autobús de dos plantas que entrando por la calle Luisa Fernanda, y girando por Ferraz, para subir por Bailén, me llevó pocos meses después a examinarme como alumno libre en el Instituto de San Isidro. Crucé Princesa y al subir hacia Alberto Aguilera me encontré con Domínguez saliendo del bar que regentaba su padre. Subimos los dos juntos hasta llegar al colegio-academia en el que estudiábamos bachiller elemental. En el camino, comentó:

—Ten cuidado, mi padre dice que los de filosofía y derecho están con ganas de montarla, y que ha visto como los de Falange se están reuniendo en los callejones de atrás, para hacerles frente; y, que habrá lío, seguro.

—¿Por qué? —pregunté con sorpresa.

—No lo sé, un follón con los mandones del S.E.U., o con una asociación de escritores, yo no lo sé; te lo digo para que cuando salgas de clase andes con cien ojos. ¿Te has traído bocata?

—Yo sí, —contesté.

—Pues los que no tengan que se apañen. Tú no bajas.

La distancia entre el bar de Domínguez y el colegio-academia no daba para más conversación. Juntos subimos las escaleras, entramos en el colegio y, ya en nuestra clase, la clase grande, o de don Juan, como la llamábamos, nos sentamos cada uno en los pupitres asignados desde el comienzo del curso.

La clase estaba en el silencio acostumbrado. Unos más dormidos que otros esperábamos a que don Juan nos preguntara la lección. Intentando hacer un último repaso observábamos como recorría la clase de arriba abajo, sin sentarse en la mesa que, entre las dos pizarras, le servía para todo: vender lápices, gomas, cuadernos de caligrafía, de dibujo, láminas para dibujar con tinta china, catecismos, etc. No era un buen síntoma

que pasara tanto, lo sabíamos, y el silencio del miedo, más que respeto, empezaba a hacerse cortante. Sentándose, a uno por uno fue preguntando la lección. Luego nos mandó al final de la clase a estudiar. A las once nos tocaba religión.

Sabíamos todos, de una manera u otra, que algo se estaba mascando, como decía Gómez, hijo de un sargento chusquero de infantería que llevaba siempre puestas unas enormes botas negras del ejército, fabricadas por Segarra, uno o dos números más de los que necesitaba y que arreglaba con dos o tres pares de calcetines, que también eran del ejército. Nadie dijo nada, doña Pilar, la esposa de don Juan, haciendo punto, era la encargada de vigilar que no habláramos, sentada entre nosotros en un viejo sillón, al fondo de la clase.

A las diez y media pedí permiso a don Juan para ir a comprar los bocadillos de los más favorecidos por la fortuna, o por el régimen, que tanto daba. Siempre iba yo. Me había encargado de ello el mismo don Juan, para evitar una desbandada del resto de compañeros de curso.

Salí a la calle y crucé a la acera de enfrente. En la taberna «El 59», próxima a la fábrica de cerveza El Laurel de Baco, en cuyo solar se ha construido un multicentro hoy propiedad de El Corte Inglés, compré dos bocadillos de calamares, y en la panadería-bollería que se encontraba uno o dos portales más abajo, tres trenzas, dos suizos y tres caracolas.

Apenas había salido de la panadería cuando una multitud de estudiantes, gritando y corriendo, me arrastró materialmente hasta la esquina de Marqués de Urquijo. Sin saber cómo, me encontré casi en medio de otro grupo numeroso de jóvenes, y no tan jóvenes, que desde la esquina de la calle Tutor subían gritando: ¡Viva Cristo Rey! ¡Estamos hartos de vosotros, rojos de mierda! Una manguera de un camión antidisturbios y la carga de los *grises* a caballo hizo que los estudiantes que subían por Princesa corrieran calle abajo. Como pude, me refugié en un portal y, esperando a que todo se calmara, asomaba la cabeza de vez en cuando. Un señor de avanzada edad, con sombrero marrón de ala ancha, cuando iba a salir me sujetó, diciendo: ¡No salgas ahora, chaval! En ese instante dos *grises*, porra en mano, entraron en el portal, cerraron las puertas, pidieron la documentación a los que estaban dentro y, uno de ellos, dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿Qué llevas ahí?

—Los bocadillos de mis compañeros del colegio, bueno, los de mi clase —contesté, enseñando los dos paquetes.

El gris abrió uno de ellos, el de los bocadillos de calamares, cogió un calamar que se echó a la boca y, masticando, dijo:

—Lárgate y que no te vea más en ningún lío, si no quieres ir a un correccional.

El señor del sombrero marrón de ala ancha salió detrás de mí; pude oír como, entre dientes, murmuraba: «salvajes desertores del arado». Los que más gritaban se habían enseñoreado del centro de los bulevares y de la calle Princesa.

Crucé la calle, sorteando a los limpiabotas que estaban en la esquina de Alberto Aguilera, en las paredes del Banco de Bilbao, pude llegar al portal que daba entrada a los pisos que ocupaba el colegio. Eché una última mirada. Los limpiabotas, la abuelilla que vendía caramelos y tabaco suelto, secaban como podían sus enseres. Subí las escaleras como alma que lleva el diablo.

La puerta del colegio estaba cerrada, llamé al timbre y abrió don Juan hijo (le llamábamos Tito entre nosotros), de un tirón del brazo me hizo pasar, cerró inmediatamente, y preguntó:

—¿Cómo has tardado tanto? Tienes a don Juan preocupado y a tus compañeros hambrientos.

—He estado en un portal esperando que se pasara el follón —contesté.

Jadeando conté todo lo que había ocurrido: los gritos, la carga de los grises, las mangueras, hasta lo del calamar. Esbozó una sonrisa para decir:

—Entra en clase, reparte los bocadillos y siéntate. Ya hablaré yo con don Juan. ¡Ah! Ten la boca cerrada.

Entré en la clase grande; los recién estrenados fluorescentes, el resto de luces estaban apagadas, iluminaban los pupitres. Las contraventanas cerradas no dejaban entrar la luz natural y, por una de ellas entreabierta, miraba a la calle don Juan que con las manos cruzadas por detrás sostenía en una de ellas el puntero, un palo de escoba, con el que nos hacía señalar en los mapas cuando nos tocaba geografía. Un silencio sepulcral envolvía la clase; las miradas de todos se dirigían hacia mí, interrogantes, confusas. Velasco, mi compañero de pupitre, dándome con la rodilla en el muslo, preguntó:

—¿Qué pasa?

—En la calle parece que se están peleando los falangistas con los de derecho y filosofía, pero no me he enterado del todo. ¡Menudo lío!

Don Juan se volvió hacia nosotros. Con el puntero en la mano, amenazante, repitió una vez más:

—¡No quiero oír ni a una mosca!

La mañana transcurrió tensa. A las doce salían los párvulos. Doña Luisa, la profesora, abrió la puerta de la clase, contigua a la de don Juan, y desfilaron los pequeños por la clase grande, en silencio, camino del pasillo que daba a la salida. Fue en ese instante cuando recordé el sobre grande, de color marrón claro, que me había dado un estudiante bastante mayor al entrar en el portal del colegio con un: ¡Escóndemelo! pocos segundos antes de salir corriendo. Lo había dejado, casi a la vista, en el patio de luces que daba a la escalera de entrada. Pedí permiso para ir al servicio, cogí el sobre, y después de esconderlo detrás de una de las cisternas, más tranquilo, volví a la clase.

Después de entregar la lámina de dibujo que nos tocaba hacer en clase; teníamos religión. La lección me la preguntó Tito; debí sabérmela bien porque dijo: consulta a don Juan si puedes irte a casa.

Sería la una del medio día cuando salí por la puerta del colegio. Bajé por Princesa y al llegar a la esquina de Serrano Jover subí hacia Alberto Aguilera. Frente al cine Bulevar, en el paseo central, un grupo de falangistas con pantalón gris, largo, camisa azul y cinturón militar de hebilla grande con el yugo y las flechas en relieve, y una boina roja colocada bajo la hombrera de la camisa, rodeaban un árbol. Unas flores estaban en el suelo y oí decir: «Aquí le han matado, estos se van a enterar: ojo por ojo...». Los árboles cercanos tenían cuartillas clavadas con frases como: ¡Miguel, te vengaremos!, ¿hasta cuándo?, ¡hasta que nos cansemos! Estuve un rato entre los curiosos y ¡Dios mío, el sobre! Corrí hacia el colegio. La puerta estaba abierta y pude entrar a los servicios sin ser visto, recogiendo el sobre de su escondite salí saltando las escaleras de dos en dos. No paré de correr hasta que llegué al portal de la vivienda de mis padres.

Jadeando, me senté en las escaleras del portal. Abrí el sobre. Unos folios impresos se repetían:

*¡UNIVERSITARIOS!
Nos han prohibido el congreso...
Abajo el S.E.U.
¡Fuera Blas-Himmler!*

Una carta escrita a máquina, era una copia hecha con papel carbón, contenía un texto, que no se apartaría mucho del siguiente:

Patilargo:

Procura estar muy pendiente pero tranquilo. El rector está de nuestro lado. Un amigo de Elorriaga, el falangista liberal que nos apoyó con el congreso de Jóvenes Escritores, dice que ya, dentro del S.E.U., están divididos los mandamases sobre...

Varios folios, escritos a mano, unos a lápiz y otros a bolígrafo, recogían párrafos que empezaban, creo recordar, así:

—Unamuno mantiene...

—Costa advirtió que...

—Jovellanos, en carta remitida a Floridablanca, ya comentaba...

—Sánchez Albornoz, desde el exilio, escribió que...

Apenas entendía el contenido de los folios y los guardé. Dos cuadernos, de los caros, con espiral, de la marca Centauro, escritos a mano, llamaron de forma poderosa mi atención. En uno de ellos, una pegatina tenía rotulado en letra redondilla: *La Priora I*. El otro cuaderno, también en letra redondilla y sobre otra pegatina: *La Priora II*. Guardé los cuadernos en la cartera y los folios en el sobre.

Ya en la puerta de entrada al piso en el que vivía hice sonar el ronco timbre —la

abuela insistía a mi padre para que lo cambiara; según ella parecía el ronquido de un gañán harto de cazalla–, y esperé a que abrieran como si no hubiera pasado nada. Fue mi madre quien lo hizo y, nada más verme, con evidente mal humor, mostrando una clara preocupación (estaba informada por la radio de lo que había ocurrido en las cercanías del colegio), preguntó:

—¿Dónde andabas? Me tenías en ascuas, ¿no te habrás metido en algún lío? Tú eres capaz de...

—No. Hemos salido más tarde –contesté antes de que terminara.

—Espero que sea así, lávate y ayuda a tu hermana a poner la mesa. ¡Vamos, no te hagas el remolón!

Mi madre insistió en preguntarme que de dónde venía, por qué había tardado tanto, que si me había enterado de algo, que...

Así terminó aquella mañana del nueve de febrero de 1956. Aún no había cumplido los doce años.

N.A. Con posterioridad pude saber quiénes eran el rector, patilargo y otros personajes que se citaban en los folios que el estudiante me entregó para su custodia. No es este lugar, ni el momento, de aclararlo. Mucho debe la democracia española a estos personajes. En otra ocasión les haré justicia. Los hechos relatados el día nueve de febrero de 1956 son rigurosamente ciertos.

La ocultación

Sonaban las tres de la tarde en el reloj de la iglesia de El Buen Suceso cuando la puerta del colegio se abrió. Doña Pilar, en la puerta, fue taxativa:

—¡Vamos! Cada mochuelo a su olivo.

La primera asignatura la dábamos con Tito, era Formación del Espíritu Nacional; más tarde, a las cinco, con don Juan, las *mates*.

Sentado en una silla, entre todos los alumnos de primero, Tito nos preguntaba señalándonos con un puntero en la mano: ¿Qué celebramos el 18 de julio? ¿Y el 1 de abril? ¿Qué significan las siglas J.O.N.S.? ¿Quién fundó la Falange? Cuando estaba convencido de que nos sabíamos las respuestas dio por terminada la clase y, con notable desgana, nos leyó una parte de las obras de José Antonio Primo de Rivera, para aburrimiento de todos.

Había terminado de leernos y apenas le vi cerrar el libro, sin pensarlo dos veces, pregunté:

—Don Juan, ¿qué es el comunismo? ¿Era Unamuno socialista? ¿José Antonio, es verdad que era el hijo de un dictador? ¿Quién es Sánchez Albornoz y por qué está en el exilio?

—¡Cállate! Tiempo tendrás de saberlo, ahora vete al último pupitre. Ponte a estudiar matemáticas, y procura hacer todos los problemas.

No me había dado tiempo de sentarme, ni de colocar los libros y la cartera, cuando don Juan, el director, ordenó:

—Recoge tus cosas y vete al despacho de las visitas; espérame sin moverte de ahí, ¡para nada!

—¿El abrigo también? —pregunté.

—No. El abrigo no. Espera en el despacho.

Salí de la clase directamente al despacho de las visitas con el miedo metido en el cuerpo. Dos años en primaria con don Juan me habían enseñado que, con seguridad, me esperaba algún castigo. Unos minutos después entró él, puntero en mano, se sentó en el diván de la salita y dándome un golpe en la cabeza, no muy fuerte, preguntó:

—¿Por qué te interesa saber que es el comunismo y qué conoces de Unamuno y de dictadores?

—No sé nada —contesté—, ¡se lo juro!, por eso lo he preguntado.

—¡No se te ocurra jurar en vano si no quieres ir al infierno! ¿A quién le has oído hablar de ello?

—A nadie, esta mañana hablaban de cosas así los estudiantes, antes de que los *grises* les dieran de palos.

¿Los grises? ¿Qué palabras son esas? Dirás la policía, no me gusta que utilices tales palabras. A ver, ¿dónde estuvo tu padre en la Cruzada? Antes era ferroviario ¿Por qué no sigue en la Renfe?

—¡No lo sé, no lo sé!

—Bueno, dejémoslo así, ya hablaré con él. Ahora quédate aquí hasta que empiece la clase de matemáticas.

Me quedé sólo. Recorrí con la vista las paredes de la sala de visitas. La sala era en realidad el despacho privado de don Juan. Su título, concedido por Alfonso XIII, el de magisterio de doña Pilar, concedido por el presidente de la República, un par de cuadros que no reconocí, bastante antiguos, y una librería en la que se encontraba una edición del diccionario Espasa, era lo único que me llamó la atención. El bargueño, colocado en un rincón estaba cerrado. Al acercarme a él no pude controlar los nervios y lloré hasta cansarme. ¿Qué había hecho para que quisiera hablar con mi padre? ¿Había dicho algo malo?

En clase de *mates* don Juan me hizo salir a la pizarra para hacer todos los problemas. No preguntó a ninguno de mis compañeros, tampoco a Rodríguez, el *pelota*. Puso problemas para el día siguiente y terminó diciendo:

—Podéis ir a vuestras casas. ¡Derechitos! Tú, —dirigiéndose a mí— traes mañana, nada más entrar me la entregas, *La criba de Eratóstenes* hasta el 2.000.

No dije nada.

Salimos de la clase en tromba, todos, menos Rodríguez, el *pelota*, que se quedó borrando las pizarras.

En la puerta del colegio mis compañeros, sorprendidos, preguntaron:

—¿Qué has hecho? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha castigado con algo más?

No contesté. Llorando de rabia corrí por la calle Princesa hacia abajo. Al llegar a la esquina de la calle Serrano Jover un impulso irresistible, aún hoy difícil de explicar, me llevó hacia los bulevares. En la esquina con Santa Cruz de Marcenado había varios coches de policía, y vi a *grises* a caballo, saliendo por los callejones de San Vicente. Sentí pavor al recordar la amenaza que me hiciera uno de ellos de llevarme a un correccional, di media vuelta hacia Princesa y, ¡Dios mío, llevaba en la cartera el sobre marrón del estudiante mayor! Volví a correr, no paré hasta verme sentado en las escaleras del portal de casa. Estaba sudando, sentí alivio con el frío que despedía el mármol.

Sentado en las escaleras abrí la cartera y saqué el sobre que ya encontraba familiar. Ahí estaban los folios que empezaban con frases que no podía entender:

Sánchez Albornoz, desde el exilio, mantiene... Radio Nacional de España Independiente, en entrevista con... A pesar de las represalias, Ortega opina...

Tenía que enterarme, leerlo bien, quería, saber qué había de malo en mis preguntas; esperaba, necesitaba encontrar en los folios alguna respuesta. Enfrascado en la lectura no pude ver que el señor Marcelino, el portero, estaba, delante de mí; con un gancho sobre el hombro, un mandil a rayas verdes y negras (trabajaba en el mercado central de pescado, en la puerta de Toledo), y su siempre amable sonrisa, me dio un tironcillo de la oreja y guiñando un ojo, dijo:

—Rapaz, vete a estudiar a casa.

Recogí todo, escondiendo los cuadernos de espiral entre los libros, me fui a casa. Los folios volvieron al sobre marrón claro, fabricado por Unión Bolsera Madrileña, aún lo recuerdo.

N.A. El señor Marcelino no era en realidad el portero de la finca. La titular era la señora Josefa, viuda de un militar que en el bando nacional murió en la defensa del Cuartel de la Montaña. Se había casado en segundas nupcias con el señor Marcelino. Pocos sabían que fue amigo de su marido, al que no pudo ayudar a salir del cuartel el día antes del cerco; sabedor, como era, que el ejército de la República precisaba los cerrojos de fusil que ahí estaban custodiados estaba seguro del ataque. Él fue sargento de Intendencia en el ejército de la República. La protección de la señora Josefa le salvó la vida, junto a determinadas amistades que tenía cerca del que fuera defensor del citado cuartel, el general Fanjul, quedando sólo expulsado del ejército con deshonor, después de tres meses de prisión militar. Cuando cayó el cuartel de la Montaña, el señor Marcelino se hizo cargo de la señora Josefa y de su hija.

La primera quema

Entre las nueve y media y las diez de la noche mi padre entró en casa. Estaría colgando en el perchero su sombrero gris y el abrigo cuando, desde el pasillo, le oí decir:

—¿Esta noche nadie viene a darme un beso? ¿Dónde está el revolucionario?

Mis hermanas, la abuela, mi madre, todos a la vez, como siguiendo a un gorrión en vuelo, dirigieron las miradas hacia mí. Tragué saliva y pregunté:

—¿Me llamas a mí, papá? Estoy haciendo los deberes.

—¡Ah! No sabía que tú fueras un revolucionario. Termina los deberes, después de cenar hablaremos.

Apenas pude cenar. Un nudo en la garganta me impedía tragar hasta el agua. Mi padre se dio cuenta de ello y, entre risas, dándome un golpecito en el hombro, dijo:

—Cena hijo, cena, que las barricadas son muy duras.

Mi madre intervino, al parecer no sabía nada y, algo molesta, preguntó:

—¿Se puede saber lo que está pasando? No me gusta que le digas al niño esas cosas.

—No pasa nada que no tenga remedio —contestó mi padre sonriendo.

Después de cenar y ayudar a recoger la mesa intenté escabullirme. ¿Tan grave era lo que había preguntado para que mi padre lo supiese ya? Y si era grave, como parecía, según don Juan, ¿por qué mi padre no estaba más enfadado? ¿Yo, revolucionario? No pude entender nada. Tampoco logré escabullirme.

—Te estoy esperando, revolucionario.

La llamada de mi padre denotaba sorna, pero seriedad al mismo tiempo. ¿Qué está pasando? Mi confusión iba en aumento. Sin dudarle me senté en una silla cercana a la mesa del cuarto de estar, frente a mi padre. Estaba tomando una infusión de manzanilla y boldo, insistía en que le iba muy bien para su hígado, machacado durante la guerra por privaciones y otras causas que tardó bastantes años en contarme. Mientras encendía un cigarrillo de Timonel indicó que me sentara más cerca.

—Resulta que quieres saber de dictadores, qué es el socialismo, si era socialista Unamuno y un montón de cosas más. Me parece bien, ya llegará el momento, pero ¿de dónde has sacado esas ideas?

No contesté; salí corriendo a mi dormitorio, saqué el sobre marrón de la cartera con los folios dentro y, sin mediar palabra, se lo entregué a mi padre. Nada dije de los cuadernos de espiral.

Sacando los folios del sobre echó una rápida ojeada a todos; después, leyó despacio uno por uno.

—¿Cómo han llegado a tus manos?

—Me los ha dado un señor joven para que se los guardara, luego no volvió y no he podido devolvérselos. No le he visto –contesté– para terminar contando todo lo que había ocurrido.

—¡Coño, coño, coño! Menos mal que no te los ha cogido la policía en lugar del calamar –esbozó una sonrisa. Bueno, dejemos el asunto, no es oportuno el momento. Mañana te acompañaré al colegio. Ahora acuéstate y descansa.

—Tengo que terminar el castigo que...

—No es un castigo, es un trabajillo más; de todas formas déjalo. Mañana hablaremos de ello.

No esperé ni un momento. Me fui a la cama viento en popa, como el bajel pirata del poema de Espronceda, que me obligó a repetir muchas veces don Juan. «Tengo un padre genial», pensé.

Un tazón de leche caliente y unas tostadas con aceite me estaban esperando cuando la abuela me despertó. Nada más levantarme, después de lavado y peinado me puse a desayunar y a repasar la lección de la mañana: ciencias naturales. La abuela no olvidó, nunca lo hacía, su acostumbrada revista al aseo diario y, con un beso, me acercó una tostada extra.

A las ocho y media, aproximadamente, mi padre hizo un gesto para que recogiera, pidiendo que le acercara el sombrero. Con cara seria se limitó a decir: ¡Nos vamos ya! Apenas habían pasado cinco minutos cuando subíamos por la calle Princesa, en silencio, camino del colegio.

Paramos un momento en el quiosco en donde compraba los periódicos, y algún que otro tebeo, las menos veces. Pidió al señor Luis el «Arriba» y el «Ya». Me sorprendió, él solía leer «Madrid», por las noches. Abriendo uno de ellos, no recuerdo cual, me hizo leer: *En un enfrentamiento entre estudiantes, los comunistas, infiltrados, hirieron de muerte a Miguel Álvarez, falangista de la centuria...*

No hizo ningún comentario. Con su brazo sobre mis hombros caminamos juntos hasta la misma puerta del colegio.

En la entrada estaba esperando don Juan. Nos acompañó hasta la sala de visitas. Encendió la luz, invitó a pasar a mi padre y, cogiéndome de la oreja:

—¡Pasa perillán! Me preocupó el mozo ayer –dirigiéndose a mi padre–, no por lo que preguntó, sino porque es difícil saber con quién hablan los chavales. Por eso le separé durante la tarde del resto de los compañeros, para evitar preguntas. ¿Tú que opinas, Fernando?

Sacando el sobre marrón de la cartera, sin pronunciar palabra, mi padre ofreció los folios al director. Con sorpresa, leyó su contenido. Alternaba las miradas a los escritos y a mi padre. Los minutos parecían siglos. Por fin, señalando con el dedo:

—¿Por qué no me los diste ayer?

Guardé silencio.

Uno por uno los fue rompiendo en pedazos; con un mechero encendió uno de los trozos y el resto los fue echando a la papelera hasta que se quemaron todos. Abrió la ventana que daba al patio interior para que se fuera el humo, y preguntó a mi padre:

—Si te parece bien, que se vaya el chico a clase, y seguimos hablando. Tú, perillán, —dirigiéndose a mí—, no comentes nada de esto a nadie. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente don Juan —contesté—, y salí corriendo del despacho.

Cerré la puerta al salir, pero desde fuera pude oír como don Juan comentaba:

—Cuidate Fernando, y estate atento, si cogen al chaval con cosas como estas... Mejor será que le hables. Es muy despierto, las caza al vuelo.

—Tienes razón Juan —contestó mi padre—, estaremos más en contacto para seguirle de cerca. A veces me sorprenden sus preguntas. Lee todo lo que cae en sus manos y, cuando no entiende, pregunta hasta que te agota.

—Lo sé, lo sé, Fernando, por eso te llamé ayer a la oficina.

—Gracias Juan, saluda a Pilar.

No esperé más, fui a clase a toda prisa. Sentado en el pupitre encontré algo de tranquilidad; la cosa no era tan grave. Algo había aprendido de unas nuevas matemáticas: a tener la boca cerrada, y a preguntar a don Juan cuando no me oyeran mis compañeros.

La tranquilidad que sentí respondía a una respuesta orgánica al cúmulo de tensiones vividas con anterioridad. Apenas había abierto la cartera para empezar a colocar libros y cuadernos —*La Priora* no— en la cajonera cuando don Juan (Tito) me llamó, indicándome que me habían cambiado de sitio en la clase y que, a partir de ese día, estaría sentado en el primer pupitre, justo enfrente de don Juan y en la primera fila de la clase. Me había mandado sentar entre los que tenían fama de revoltosos. ¿Por qué?

El resto del día, en el colegio, transcurrió con relativa calma. La sensación de aislamiento que sentí por el cambio de actitud manifestada en la relación con mis compañeros —durante los pequeños ratos libres que teníamos no me dirigieron la palabra— fue robando la poca tranquilidad que me quedaba.

Al salir de clase, por la tarde, coincidí con Domínguez. Fuimos juntos hasta llegar al bar de su familia. Estaba despidiéndome de él cuando su padre, acompañándose con un gesto de la mano, dijo:

—Pasa, tienes que hacerme un recado.

—¿Qué recado? —pregunté.

—Entrega al señor Rafael este sobre con el pedido para mañana. Ya sabes quién es, tiene la tienda al lado de tu casa.

Una voz interna contestó: «Una mierda, ¡para sobres estoy yo!». No dije eso, mentí al responder:

—No puedo, ahora voy a casa de mis tíos. Si no importa se lo llevo mañana, al medio día.

Cada vez más confundido llegué a casa. Lo primero que hice fue empezar a leer *La Priora*. Me equivoqué de cuaderno y comencé por la segunda parte: La confusión fue aumentando hasta que no llegué a comprender nada, ni *La Priora*, ni lo que estaba pasando ¡Nada de nada! Guardé los cuadernos de espiral entre los viejos. Ahí han permanecido durante, estoy convencido, demasiado tiempo.

Hace apenas unos días, haciendo limpieza de trastos viejos en la casa de mi madre, (aunque moleste, es de agradecer la tendencia que tienen las madres a guardar todas nuestras cosas, como recuerdo, dicen), encontré los cuadernos de espiral... Rememoré todo lo que precede.

El tiempo transcurrido, casi medio siglo, no ha quitado a *La Priora* nada de su valor. El amarillo sucio del papel y el ajado de las pastas, ya más grises que azules, donde se lee en las pegatinas con redondilla el título, aumentaron su atracción. Sentí la necesidad de leer, y después comprobar, buscar y, finalmente, escribir; solicitando las ayudas necesarias.

N.A. El año 1956 es considerado por historiadores que han centrado su trabajo en la época de la dictadura franquista como el comienzo de la pérdida de poder de la Falange. Pese a ello, en cada calle, e incluso en cada edificio, existía un adicto al régimen, falangista, que en realidad actuaba de forma más o menos oculta, como verdadero comisario político. Don Juan y mi padre mantenían una vieja amistad desde antes del comienzo de la guerra civil. Ambos eran republicanos. La represión que sufrieron fue muy dura, como pude saber cuando tuve edad para ello: La necesidad de cuidar cada uno de sus pasos venía obligada.

Esoterismo inicial

La Priora, que aquí se inicia, no es una novela que se lea con facilidad. El carácter autobiográfico que encierra desvía la atención hacia aspectos que se escapan de cualquier intento de interpretación. La mezcla de realidad y posible ficción es constante en el relato. Los conocimientos científicos que se recogen en el texto, y que debía tener el autor desconocido, asombran a los expertos que se han consultado. Aún hoy algunos datos, resulta difícil determinar con exactitud cómo los pudo conseguir el autor en la fecha en la que se supone está escrita (¿1956?), pese a que coincidan las múltiples citas bibliográficas.

Pero lo que se hace más incomprensible de *La Priora*, en una lectura desatenta, es la búsqueda, sin causa aparente, de una verdad que sólo encontrará justificación, para el lector, en una herencia hartamente complicada. Hasta que tal circunstancia se da a conocer, ya avanzada la narración, todo parece indicar que es un mero cambio de actitud del protagonista de la historia, que vuelve al principio, como si todo fuera resultado del control que le ejerce una ouroboros mítica, y que transforma la necesidad de búsqueda y del fin de la misma, en un origen cuyo destino es el mismo comienzo.

Cuando leí hace muchos años, por primera vez, el original manuscrito –los cuadernos de espiral–, me encontré perdido en varias ocasiones, resultándome algo tedioso su primer capítulo. A partir de un capítulo determinado no pude dejar de leer la novela, de una sola vez, en apenas una noche. Al volver a estas páginas que ahora adjunto, y se produjeran los hechos comentados más adelante algunos años después, no sólo comprendí al autor anónimo, sino que sentí la necesidad de llegar a un final más humano y admisible, por mera satisfacción personal.

Con el único fin de evitar al lector se vea dominado por alguna nueva ouroboros, adelanto un crítico mensaje que recibe el autor anónimo, y que le arrastró a la última investigación llena de motivaciones no siempre justificables desde fuera. Pasados más de cuarenta años, ineludible con la lectura vino arrastrada la consecuencia, para el que ha recopilado toda la historia, de recorrer y estudiar cada uno de los pasos que diera el generoso profesor-estudiante, comprobando su veracidad.

La solución a los críticos mensajes la puede ir encontrando el lector, a poco que preste atención al texto que soporta el relato, sin apenas notarlo. Es, cuando menos, de un valor formativo poco discutible por los datos que encierra, sea o no cierta la historia descrita, ya que la solución forma parte de una mitografía que envuelve a la misma. Adelantar datos sería dudar de la capacidad del lector. El citado mensaje es como sigue:

En el centro de tu corazón y de la sabiduría está marcado el camino.

Un ánade marca la pauta y enseña el camino.

La montaña del sol es su lugar.

Ángeles, servidores de Dios, e Hijos del Valle se sujetan a su influjo.

Sin santos se ejerce la función que mantiene el mortal soporte.

Vuelve al multiplicarse, la corteza latina anterior a su primer múltiplo, con Isis, en el archivo de Toth, te enseñará a leer en tu corazón.

Un niño encontraría el camino.

Un rey que vino del Mediterráneo trajo, con él, al dios Asclepio, al que deberás todo.

Este es el origen y el fin, hasta que se alcance la totalidad de la gran regla, en el postrer mensaje cercano al bien nacido, donde nunca faltará luz estelar.

Aquí está el origen y la nada y volveremos a él, por la acción del primero.

...Y Teseo mató al minotauro.

Intentar descifrar este mensaje carece de sentido y de pocas posibilidades de éxito sin conocer la historia. Con la lectura descubrirlo resulta, así me lo pareció, un paseo agradable.

El Bibliotecas

Paco *el maño*, es tan tozudo como una mula sorda, y su mujer, Juana, malagueña, tan descarada como graciosa. Entre los dos han conseguido que el mesón que regentan sea un rincón amable y tranquilo donde, después de comer, los parroquianos, más que eso amigos, gustan de jugar al dominó o al ajedrez. Un grupo también dedica su ocio a mantener tertulias donde se habla de lo divino y humano, especialmente los sábados, contándome entre ellos.

Uno de los asistentes a las tertulias era un anciano venerable, don Emilio, al que todos llaman *el Bibliotecas*, que es esperado todos los sábados a eso de las seis de la tarde con interés creciente. Hombre amable, educado, de moralidad intachable, tan parco en comer y beber como fecundo de palabra erudita, siempre cuenta alguna anécdota, una historia, una leyenda curiosa, o efectúa un comentario de algún artículo del periódico con profundo sentido del humor, pero sin que en sus palabras pueda encontrarse una alusión peyorativa a nada ni a nadie; y, menos, intención de molestar en alguna de sus frases.

La cultura, o el interés por ella, creció dentro del grupo gracias a la labor callada y silenciosa de don Emilio. Una tarde sorprendieron a Pepillo, un mozo del almacén de ultramarinos de la esquina próxima al mesón, leyendo la obra poética de San Juan de la Cruz, porque, dijo, «quería saber qué era un místico».

Pasaron dos meses, o algo más, en los que don Emilio no asistió a las tertulias y dejó de tomar su cafetito habitual por las mañanas. Juana, recogiendo la preocupación de todos indicó al grupo de contertulios la dirección del domicilio de don Emilio, y exigió que nos informaran de la aparente causa del abandono de cafetito y tertulia.

Más de una lágrima reprimida costó al grupo de amigos saber la verdad de su añorada presencia. Juana, entre lágrimas que se negó a ocultar, cerró el mesón después de preparar una cena para todos, pero nos pidió que le acompañáramos, por la mañana, a la parroquia de San Marcos, a pedir unas misas por don Emilio, aunque, dijo: «Sé que no las necesita».

La información obtenida fue dolorosa para todos. *el Bibliotecas*, nuestro querido y respetado don Emilio, abandonó la vida con un nombre en sus labios; el médico que le atendió no lo pudo descifrar. Unas monjitas, cuya orden me veo obligado a ocultar, se ocuparon de la última obra de caridad que necesitamos, y es posible que en el más allá podamos agradecer.

Durante los últimos años de vida, después de una prematura jubilación como consecuencia de una vieja enfermedad cardiaca, el buen don Emilio gustaba de ocupar su

tiempo en la biblioteca de un colegio regentado por religiosas, que compartía capilla y edificio con el convento de la orden a la que pertenecían. Conversando con profesores y alumnas, cuidando y ordenando libros, atendiendo las peticiones de todos con solicitud y eficacia, pasaba su tiempo *enriqueciéndose*, como le gustaba decir.

La madre Superiora, a su vez directora del colegio, también solicitaba de don Emilio múltiples encargos, para ayudar a las alumnas en sus trabajos, que atendía con alegría y dedicación absoluta. Muchas de las respuestas a los citados encargos me los dio a leer, incluso me facilitó copia, sin que pudiera entender que podía esperar de un agnóstico, —él lo sabía—, y a quien de forma habitual reprimía con cariño, pero con rectitud. Entre los trabajos había cartas que dirigía a la reverenda madre, o la priora, como también le gustaba decir, que obran en mi poder.

Don Emilio respetaba profundamente a la priora del convento, a la que admiraba por su cultura, bondad y conocimiento del alma humana. Muchas ocasiones comentó que era, para él, el recuerdo de la hija que perdió en la guerra civil, siéndole difícil ocultar un amor paterno-filial que carecía de límites.

Los trabajos y las cartas a las que he hecho referencia obran en mi poder, junto con otros aspectos de la vida de don Emilio que he podido recabar, pese al mutismo y afán con que mantenía su privacidad, y constituyen parte importante de este manuscrito, primera parte de *La Priora*. Me impuse, sin darme cuenta, llegar a conocer las causas de tan triste desenlace.

(Espero, en breve, conseguir una información que aclare muchas de las dudas que están sin resolver en esta primera parte pese a lo avanzado de la segunda.)

N.A. El último párrafo que aparece entre paréntesis es copia literal del manuscrito. Los que el autor desconocido consiguió con posterioridad y que se incluyen en otros capítulos, han sido ampliados, pudiendo comprobar la veracidad de los mismos.

Primera y última epístola

La mayor dificultad que presentaba llegar a entender la historia de don Emilio nacía de su mutismo en primer lugar, y, en segundo, de lo incomprensible que resultaba admitir una jubilación prematura que había generado posibles dificultades económicas innecesarias a un hombre cuyo nivel cultural asombraba, y que, además, dedicaba su tiempo a una labor que no le aportaba ningún ingreso adicional.

La lectura de las cartas, de sus escritos, de las respuestas, y la búsqueda de la verdad, llegó de tal modo a confundirme que, en más de una ocasión, decidí no seguir adelante. Afortunadamente no ocurrió.

El orden que me impuse comenzó por intentar entender un antes y un después. La lectura de la primera carta, al tiempo de la última, me permitió encontrar un hilo conductor que, pese a las dificultades, me hizo seguir en el empeño y comenzar a comprender cosas que se estaban escapando a la supuesta sagacidad que me atribuía. La primera carta de don Emilio la transcribo a continuación, y acompañaré al final del relato el cuento al que hace referencia. La carta es la siguiente:

Reverenda Madre:

Cumplidas mis obligaciones con mucho esfuerzo y poco resultado para mi menguada bolsa, esperaba el descanso para el soporte del alma en el retiro de mi habitación, cuando la pregunta que su reverencia hizo a la cortedad de mi entendimiento –no supe responder– turbó mi descanso, golpeando mis sienes, cual mazo de herrero.

Impuesta la vigilia, dejé que “pim” de mazo y “pin-pin” del yunque en el que rebotaba, ahormara la respuesta al molde de vuestra sabiduría, consciente de lo difícil del empeño.

Vuestra Reverencia es conocedora de cómo se endurece el trivium en las potencias, por el uso que del idioma se hace, mejor debo decir abuso, en los tiempos que corren; y, este humilde servidor, no se considera capacitado para analizar cómo se escribe en la actualidad, en una lengua que ha sido honrada por tan preclaros maestros.

Una a lo anterior que, pese a mi torpeza, duele el comprobar como el castellano languidece entre las supuestas y ramplonas luces de galicanismos, latinajos a destiempo por calepino() a trasmano, paráfrasis a maestros en regüeldos de lecturas no digeridas, y soporíferos discursos a lo insólito. Mi destierro voluntario de tertulias de nueva corte, el que sea lego en algunas gramáticas transpirenaicas, y reprobado alumno objeto de diatribas, por maestro en dialécticas al servicio de “los nuevos” merecedores de elogio, disminuyen, hasta anular, mi capacidad de juicio.*

¿Cómo, dónde encontrar probadas tesis en que apoyar mis posibles respuestas? En ese trajín de la psique, entre empujos de gógoras a quevedos, puñadas de tirsos, lopes, calderones; y genialidades cruzadas de feijós a villarroeles, empezó a llegarme el sueño. Algún diablo cojuelo, en difícil equilibrio sobre las maltratadas tejas que cubren mi habitación, se empeñó en hacerme recordar. ¡Y recordé!

En un cuento que me entregara días atrás un amigo, profesor-estudiante que, según él, circuló durante mucho tiempo por los mentideros de la Villa y Corte, cumplida respuesta tendrá, a las cortas luces de mi torpe entender, su proverbial sabiduría.

He reescrito el cuento con tanto amor como respeto debo y afán dedico a vuestra reverencia. Estoy seguro que la probada bondad de vuestro corazón sabrá disculpar mis errores y perdonar mis dislates.

Pido a Dios que guarde su vida muchos años, a fin de que la bondad y conocimientos que el corazón de su reverencia atesora, guíe nuestros pasos.

Emilio

P.D. Acompaña a esta carta el cuento que me diera mi amigo, se titula «El Faraute». Espero, si no cumple el cometido que deseo, al menos sea de su agrado.

La respuesta a esta carta y el cuento, me tuvieron durante muchos días desconcertado. La lectura de la última carta y la respuesta me dieron más luz. Las relaciones entre texto y realidad, era una forma de verdad que se transformaba, más y más, en una madeja que no tenía un hilo suelto por dónde empezar a devanar.

Resultaba difícil, al menos para mí, comprender el evidente cambio de tono, aunque respetuoso, que se apreciaba entre todas las cartas y la última. La exposición que hace don Emilio de la causa por la que decide abandonar su colaboración con el colegio, colaboración con la que tanto confesaba disfrutar, me pareció demasiado pueril, y hasta bastante pretenciosa, en sus conclusiones, para aceptarla como suya, la respuesta de la Priora, por concluyente, aún era más confusa.

(*) Diccionario latino.

N A. El cuento que acompañaba don Emilio y que tiene por título *El Faraute*, su título original es *Las setenta efes*, y me agrada sobremanera, es aún mucho más, me sirve de orgullo, reconocer la autoría del mismo. Que fuera elegido por don Emilio es más valioso, para mí, que un premio literario, entre otras cosas no aspiro a él, menos en estos tiempos, es difícil pueda caer en manos de un estudiante tachado de pro-soviético que, curiosamente, no lo soy. Tienes que ser franquista, falangista, del Movimiento o monárquico, lo último con recelos, para ser medianamente admitido en círculos literarios que, más que nunca, padecen de endogamia. Soy liberal, republicano y gnóstico, no siento rubor en decirlo, pero todos los días me miro en el espejo y prometo, al futuro lector si algún día lo hubiere, que no tengo patas de cabra, rabo, cuernos retorcidos, ni apesto a azufre, muy a pesar de lo que mantenga clero y gobierno.

Aprovechando los días que aún quedaban de las vacaciones de Navidad, me enfrasqué en averiguar aspectos de la relación de don Emilio con el colegio de religiosas y husmear, él me lo perdonará, en su vida. Entender cómo una persona de categoría humana extraordinaria había tenido un final, aparentemente, triste y solitario, no era fácil.

Tomé la determinación de no leer las cartas ni una sola vez más; hasta que no encontrara una justificación, por pequeña que fuera, en primer lugar, a su abandono de actividad en el colegio; y en segundo, a la repentina falta a las tertulias en el mesón de El Maño, incluso antes de su fallecimiento, donde se sabía querido, respetado y le constaba contar con el apoyo absoluto de todos sus amigos ante cualquier circunstancia; justa reciprocidad al cúmulo de veces que él había prestado el suyo de forma incondicional.

La última carta escrita por don Emilio a la Priora, aparentemente sin firmar, es la que acompaño en las páginas siguientes. (Resulta curiosa, pero... al final pude entender su verdadero significado sin apenas dificultad).

Reverenda Madre:

Sentarme a escribir con las ideas claras nada más llegar a mi domicilio, no me resulta fácil; sin embargo, hoy no he necesitado esfuerzo alguno.

He sentido el deseo, en lo más profundo de mi ser, de solicitar disculpe el atrevimiento con el que he actuado, apenas hace unas horas, Ha sido fruto de mi ignorancia que, como dijo el santo sabio de Aquino, es atrevida. Nunca debí intervenir entre sus alumnas, menos en el sentido con que lo hice. ¡Dios da pañuelo a quien no tiene nariz! Él me arrebató tempranamente una hija, y me ofreció todo un colegio, –la bondad de su reverencia fue la mano utilizada–, para que pudiera conocer todo lo bueno que encierra el corazón de los jóvenes, cuando es el cariño el camino utilizado para acercarse a ellos. ¡Sus designios son insondables!

Sabré disculparme con sus alumnas, cuándo, y cómo usted, reverenda madre, aconseje y su sabiduría me indique.

En los «Libros Sapienciales», en los «Proverbios», está escrito:

El petulante no quiere que se le reprenda y no va con los sabios (Proverbios 15-12).

Anillo de oro y collar de oro fino es el sabio que responde para el oído atento (Proverbios 25-12).

Como usted no ignora, una parte importante de los Proverbios se inspiran en la Enseñanzas de Amenemope, sabio egipcio del imperio nuevo, escriba de Thot; y, en una de sus máximas, nos dice:

La espalda no se rompe porque se incline.

Nada debo añadir.

Espero que perdone mi petulancia, me ayude desde su lejanía a tener el oído atento, y permita me incline ante su más acertada decisión.

Su tiempo es demasiado valioso para que se pierda en leer mis escritos; por ello, por última vez, acompaño una narración completa de lo ocurrido. Podrá reprenderme con mayor justeza y vuestro humilde servidor seguirá aprendiendo. Sí, por una vez ¡estaba ahí!... Debo, cuando menos, ofrecer mi versión.

Me encontraba recogiendo unos libros, con el fin de llevarlos al lugar que tienen destinado en las estanterías de la biblioteca, cuando observé que dos señoritas de sexto curso de bachiller mantenían una acalorada discusión.

Una de ellas, elevando sensiblemente la voz, dijo:

—¡Que no! ¡Que no!, no tienes razón, no seas burra, ¡te lo digo yo! ¡Estoy segura, hazme caso!

—¿Estás tonta, tía? ¡Claro que la tiene! ¡Te has pasao mogollón! —contestaba su compañera.

Como la algarabía iba en aumento, y el resto de compañeras se iban acercando al lugar de la discusión, decidí intervenir:

—Tranquilizaos. No discutáis, hablar despacio, sin gritar. Os entenderéis mejor.

La alumna que mantenía la posición afirmativa, dirigiéndose a mí, manifestó:

—¡Si es que está tonta! ¿Mira que decir que el pater no tiene razón? ¡Está pirada Emilio, te lo digo yo!

Sin pensarlo mucho, Dios sabrá por qué me lo permitió, atajé cualquier respuesta:

—Difícil es que don Jesús no tenga razón cuando se dirige a vosotras, pero dejarlo ya, o mejor, ¿por qué no habláis con él? Seguro, sea cual fuere el tema, os saca de todo tipo de dudas y lo veréis todo más claro.

—¡Ni hablar! ¡Otra vez, no! ¡Pues sí, lo que me faltaba!

—¿Te das cuenta Emilio? ¡Está tonta, te lo digo yo! Además, ¿por qué monta tanto lío? Le llamas pater y ya está. ¿Qué más te da?

—Sí, así lo parece; si don Jesús quiere que le llaméis padre Jesús, poco cuesta hacerlo —comenté.

—¡Ni hablar, no tengo ninguna obligación! De don Jesús no paso.

—Escúchame Conchi, ¿Te llamas así verdad? —intervine de nuevo—, pienso que te cuesta poco hacerlo, tengas o no tengas obligación, las normas son...

En ese momento de la conversación llegó usted, cortó la discusión y mandó a las alumnas a clase y... El resto ya le es conocido.

¿Qué más puedo añadir? ¿Quién soy yo para opinar? Le consta que admiro a don Jesús y valoro su labor; pero nunca he compartido la dureza con la que, en ocasiones, se dirige a las alumnas; aspecto que he comentado con él, recordándole que hace tiempo dejó su labor como vicario castrense; sin embargo, ¡jamás! he dado a nadie esta opinión.

En cualquier caso, tiene usted razón, no debí intervenir. Sé que su bondad sabrá perdonarme. Como último favor, ruego me ayude a comprender el siguiente texto.

*“Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Practicad y guardad cuanto os dicen, pero no obréis según ellos hacen, porque predicán y no practican. Atan fardos molestos e insoportables y, los cargan sobre los hombros de los demás, más ellos no quieren arrimar un solo dedo a la carga... Desean ser saludados en las plazas y ser llamados por los demás Maestro... **Y a ninguno llaméis padre nuestro en la tierra. Porque uno sólo es nuestro Padre Celestial (San Mateo 23, 1-9).***

Ruego, de vuestra generosidad, me libere de las funciones que tan inmerecidamente me dio. No soy digno de ellas. Que Dios conserve, durante mucho tiempo, el digno magisterio en unas manos más capacitadas.

Emilio

Respuestas y confusión

Comenzando a ordenar las respuestas, junto con las cartas que las habían originado, un detalle llamó poderosamente mi atención.

El cuento que acompañaba a la primera carta, al que don Emilio había decidido titular *El Faraute* con tanto acierto, tenía un encabezamiento y una despedida que no entendí. No se correspondían con los originales y, además, parecía que formaban parte de una carta independiente. La letra era de don Emilio; sin embargo... Volví a leer las respuestas.

Apreciado D. Emilio:

Mi reconocimiento por la atención y prontitud con la que ha atendido mi petición. Transmita a su joven amigo mi agradecimiento al permitir pueda utilizar su cuento antes de que sea publicado. Se lo he enviado a don Luis, profesor de literatura de este centro, como Ud. sabe, indicando su origen. Espero me haga saber el nombre del autor para hacerlo constar.

Aprovecho para comentarle una cosilla sin importancia. La falsa modestia puede ser un pecadillo a los ojos de Dios, que siempre perdona, pero no suele ser igual a los ojos de los hombres, que buscan en ella la ocultación de la soberbia y del orgullo. Todos somos conocedores de su inteligencia y erudición.

Ruego a Dios que le permita colaborar con este centro durante muchos años, si así usted lo desea.

Atentamente.

La Directora

P.D. Si su bolsa está menguada, no dude en contar con nuestro apoyo.

Ignoraba si don Emilio había comunicado mi nombre a la directora. Era evidente que podía favorecerme tal circunstancia. Pensaba solicitar, como decidí hacía unos días, una entrevista con la religiosa, convencido de obtener de este modo información adecuada sobre nuestro amigo *el Bibliotecas*. La posdata me tranquilizó al saber que la dudosa situación económica del anciano estuvo protegida.

En la misma contestación había un comentario que me sorprendió. No era fácil comprender el reproche de la directora, por cariñoso que pareciera, sobre la natural modestia de don Emilio. Pensé: Seguro que no le conoce lo suficiente, o será fruto de su religiosidad y permanente magisterio.

Fue la forma impersonal, telegráfica y fría, lo que me sorprendió en la segunda respuesta. Repasé con cuidado el contenido de la misiva.

Estimado don Emilio:

Nada puedo, menos aún debo, oponer a su decisión. Respetaré su voluntad. Y esperaré durante unos días por si una meditación mayor le hace cambiar de parecer. Ruego a Dios para que le ilumine en ello, con la seguridad de que adoptará la más acertada para todos.

He solicitado al padre Jesús le visite. Le ruego comunique a él la decisión tomada.

Atentamente.

Un nuevo pensamiento se cruzó en mi mente cuando estaba dando vueltas al rollo de las cartas. (El tema se empezaba a poner pesado). Ambos, directora y don Emilio permanecían horas al día en el colegio. ¿Por qué se comunicaban por escrito con tanta frecuencia? No supe responder. Lo avanzado de la noche me sorprendió con estas disquisiciones, que a nada conducían, y que tampoco sabía con qué fin realizaba. Abandoné lecturas. Recogí la documentación y una cuartilla, a la que no había prestado atención, se cayó de entre los cuentos que, de forma breve, manifestaba:

Emilio:

Tendrás noticias en breve. Todo debe seguir igual, salvo que tu decisión esté meditada y estés seguro de acertar con ella, Que Dios te ilumine.

La letra era de la Priora. La guardé con el resto. Estaba demasiado aturrido para seguir.

Confidencias ajenas

La noche apenas dormí, pesaba por la mañana. Con el sueño atacándome como una horda de tártaros al galope, llegue a la Moncloa. Necesitaba coger el tranvía que nos llevaba al Paraninfo como si fuéramos sardinas en lata, repartiéndonos por las distintas facultades. A la altura de la fábrica Gal me encontré con Banderas, casi nunca utilizábamos nuestro verdadero nombre en público, y, con la jovialidad que le caracterizaba, me preguntó:

—¿Cómo va la república?

—¿Estás loco? El ambiente está como para echar leña al fuego —contesté.

—Me refiero a la de Platón, suspicaz, eres muy suspicaz y andas todo el día con la mosca detrás de la oreja. Verás qué fácil es hacer las cosas.

Un grupo de señoritas que tenían apariencia de estudiar en la facultad de filosofía se acercaba hacia nosotros. Banderas levanto los brazos y gritó:

—¡Oh, musas! Ayuden a este compañero a encontrar La República.

Aquella inesperada reacción de Banderas me molestó, pero en un acto de repentina inspiración:

—No se equivoquen, hijas de Zeus, gentiles enviadas del Olimpo, él es quien precisa encontrar a su príncipe. ¿Pueden pedírselo a Maquiavelo?

Entre risas de complicidad las jóvenes cruzaron a la otra acera. Un grupo de estudiantes empezó a gritar ¡Ayudadles! ¡Ayudadles!

Pero pudimos acabar mal. Un caballero con gabardina blanca, tipo comando, y sombrero gris, se acercó. Nos enseñó una placa (de la *secreta*), y con cara de pocos amigos:

—Caballeros, dejen sus bromas para otro lugar y momento; cuiden sus comentarios. ¡Documentación, por favor!

El gris disfrazado de ilustre movía los labios como si leyera, dando un extraño movimiento a un bigote, fino, de corte fascista, sobre un labio con una leve marca leporina. Preguntó qué estudiábamos y nos pidió el carné del S.E.U. Devolvió la documentación con un lacónico:

—¡Hum! A estas alturas de sus carreras dedíquense a sus doctorados, es lo que deben hacer. Pueden irse.

Banderas, hijo de un médico militar de alta graduación, podía permitirse determinados atrevimientos. Yo no podía. Él sabía de mi republicanismo, como yo que él tenía una clara tendencia a la monarquía constitucional, de corte socialdemócrata, y que estaba muy relacionado con personas cercanas al grupo de José María Ansón. Alejados del policía lo suficiente Banderas volvió la cabeza; al comprobar que el *madero* iba en dirección contraria, me dijo casi al oído:

—Has estado a punto de cagarla, compañero. El príncipe Juan Carlos viene dentro de unos días, de Estoril, a prepararse para la Academia Militar, y han nombrado su tutor al seco del General Martínez Campos. Parece que hay movimientos en las alturas porque el generalito de El Pardo aún no tiene claro el tema. El general ha aceptado con desgana la tutoría, su gran jefe está dudando para nombrar sucesor entre Juan Carlos y Alfonso, el hijo de Don Jaime. Se comenta que, incluso, está haciendo guiños a los carlistas, en pago por la ayuda que le dieron en su Cruzada. Don Juan, el conde de Barcelona, está definitivamente descartado.

—Mal asunto —contesté—, porque sé que los falangistas andan diciendo que no quieren «un rey tonto». Dejemos el tema, no sabemos quién nos oye. Está demostrado que hay *maderos* y falangistas matriculados para hacerse pasar por estudiantes y tenernos, desde dentro, más controlados. Información muy directa y confidencial de próximos al rector.

—Pintan bastos, compañero. ¿Dónde andas, que no te dejas ver?

—Liado con un tema unido a mi amigo, *el Bibliotecas*, murió hace poco y estoy intentando saber algo más sobre su vida. Hay cosillas interesantes que me apetece conocer. Y poder contar.

—¿No trabajaba en un colegio? Si es en el que me dijiste hace días, tengo una buena amiga, de familia fachosilla, se llama Clara; no sé si es de la cuerda de Pilar Primo de Rivera porque su padre es *camisa vieja*, que da clase en ese colegio de griego y latín. Es muy buena persona, una niña bien, como tu dirías, si sabes convencerla puede ayudarte.

—Me vendría estupendo, estaba pensado pedir una entrevista con la Superiora. Puede allanarme el camino. Ya te lo diré.

En esta conversación apareció, renqueando, el tranvía; subimos en él. Al llegar a medicina se bajó Banderas. Yo seguí.

—¡Hasta más ver, Platón!

—¡Hasta cuando quieras, Maquiavelo!

El resto del día lo pasé en clase y apenas recordé algo de la Priora y de don Emilio. Volviendo a casa, en el tranvía, al pasar frente a la facultad de medicina los compañeros se colocaron para hacer el *pepe*(*). No tenía muchas ganas de bromas y me bajé, para seguir caminando hasta llegar a la Escuela de Ingenieros Navales. Subí en el tranvía siguiente.

(Llamaré a Banderas para pedirle los datos de la amiga fachosilla, pensé. Espero, me dije, que no sea como la erubesciente Clara del Quijote y tenga que andar con cuidado, no sea que transformemos una búsqueda en un encontronazo.)

(*) El *pepe* era un movimiento de presión ejercido en los extremos del tranvía de forma alternativa, mediante saltos en grupo, coordinados a cada lado por un grito de pe-pe, pe-pe. Las más de las veces el vehículo acababa saliéndose de la vía. La causa última era la solicitud de mejores medios de transporte hacia la Ciudad Universitaria, haciendo descarrilar los trastos viejos que estaban de servicio en la línea Moncloa-Paraninfo, cuando no se les quitaba el trole tirando de la cuerda que le permitía cambiar de posición para que circulara el tranvía en sentido contrario.

Fumata blanca

La relación entre casualidad y causalidad es esa cosa que aún no han resuelto los filósofos puros. Cuanto más intento profundizar en ella me acerco más a los estoicos. Sobre este tema he discutido mucho con *el Bibliotecas*. Hoy, al salir de clase, he pasado por el mesón de Paco y se ha puesto de manifiesto que, al menos para mí, existirá siempre una duda razonable de cuál es el camino a seguir en el desarrollo de las ciencias del espíritu. La casualidad hizo que me encontrara a Banderas; como causa motivada por el encuentro, una nota de mi amigo dejada en el mesón informaba que la niña bien me recibiría sin problemas. La nota incluía un número de teléfono para contactar con ella, acompañada de un aviso claro: «Habla, antes de verla, conmigo».

No hacía cinco minutos que se había ido Banderas cuando llegué. Al mismo tiempo que se marchaba, entregando la nota, le comenté a Paco: Si me necesita, esta noche estoy de guardia en San Carlos, tengo prácticas de forense. Él sabe cómo encontrarme.

Debí quedarme atónito al leer la nota y escuchar el mensaje oral. Más atónito quedé, con seguridad, cuando *el Maño* dijo:

—¿Pasa algo Platón?

—No, no pasa nada –contesté–. Pero, ¿por qué me llamas Platón?

—Me lo ha dicho tu amigo Maquiavelo. Le he visto un par de veces por aquí, nada más; cuando le he preguntado su nombre, riéndose, se ha limitado a decir: «Dile que ha venido Maquiavelo». Simpático, el médico en ciernes.

—No te equivoques, Paco, médico ya lo es. Está preparando una especialidad al mismo tiempo que el doctorado. Es bueno que sepas quién es cada uno de mis amigos.

—Bien. Tanto sabio por aquí me vais a echar a los clientes. ¿Te vas o te quedas, *profe*?

—No lo sé, dame tiempo para pensarlo y déjate de coñas; lo de *profe* no viene al caso.

—Te lo decía, lo de quedarte, porque van a venir el resto de los amigos de don Emilio. Vamos a cenar juntos y quedar un día para ir a las misas que encargamos. La jefa dice que a una de ellas tenemos que ir todos, porque si no, ¡vamos!, cocina para vosotros *Rita la cantaora*.

—Entonces me quedo. Veré si puedo localizar a mi amigo. Dame unas cuantas fichas para el teléfono.

La operadora me tuvo esperando tanto tiempo que el teléfono cenó con cuatro fichas. Por fin, oí la voz de Banderas.

—Dime Platón.

—¿Cómo sabías que era yo? A la telefonista le he dicho que era un compañero de la Universidad, nada más.

—Porque eres el único que sabe dónde estoy, torpe. Mala república me espera, si alguna vez vuelve, con gente como tú.

—¡Diana! Te la guardo. Has tardado mucho, casi me arruinas. Cuéntame.

—Coger el teléfono con olor a cadaverina en las manos, a pesar de los guantes, me parece un tanto salvaje. Tenía que lavarme y desinfectarlas ¿O no?

—Dos dianas a tu favor. Cuéntame, estoy en ascuas. ¿Qué te ha dicho tu niña bien de la Sección Femenina?

—No sabe mucho. Lleva sólo dos cursos en el colegio. Rumores, sólo rumores. Apenas conocía a tu amigo. Llámala y queda con ella. Me ha comentado que no puede negarse a recibir a un amigo mío, joven profesor numerario, católico practicante, con casi el segundo doctorado en el bolsillo, que es soltero, un genio, y espera que le doten cátedra de un momento a otro. ¡Ja, ja, ja, ja!

—Eres insufrible. ¿Le has dicho eso?; deja ya de reírte y dime la verdad.

—Más o menos, pero tranquilo, es, dicen, un poco “meapilas”, aunque extraordinaria persona, no intentes ligar. ¡Ya me contarás! Te dejo, me está esperando el hígado de uno que ha palmado con varices esofágicas y la mesentérica hecha cisco.

—Eres un bruto. Te llamaré.

Terminada la conversación volví a la barra: Mis amigos ya habían llegado y Juana tenía la mesa preparada para todos; me senté al lado del lector de místicos, tras los saludos de rigor. Estaba más relajado. La entrevista que me había conseguido Banderas era una fumata blanca y ¡con una profesora de latín!: *fiat lux ibídem et multa paucis est a fortiori*.(*)

(*) *Hágase la luz allí mismo y es con mayor razón mucho en pocas palabras*. Traducción aproximada, dado que el original manuscrito permite considerar que se escribió con posterioridad, al estar con distinta tinta; y, el extraño hipérbaton utilizado, encierra una intención oculta que se puede determinar en páginas posteriores. Hemos mantenido el subrayado del original.